

HACIA UN NUEVO SABER

Una aproximación al pensamiento de Alexis Carrel y sus observaciones sobre el conocimiento en la ciencia.

Dr. Pedro González Fernández*

Es indudable que estamos sumergidos en tiempos difíciles para la humanidad, donde la confusión, la duda y a la vez la falsa certeza de que somos infalibles y capaces de un poder omnímodo se mezclan peligrosamente. La llamada (y muy bien nombrada por cierto) “revolución inadvertida” nos envuelve y compromete a todos. Ignorarla sería como imitar al avestruz con la cabeza dentro del agujero para escapar a la realidad circundante.

Sin embargo, ya algunos pensadores, en la primera mitad del siglo pasado, se percataron de los primeros indicios de ello y ese es el caso del Dr. Alexis Carrel¹, premio Nobel de Medicina en 1912. En su libro *La incógnita del Hombre*, formula algunos planteamientos acerca de la inadecuada concepción, por parte de la comunidad científica, de la infalibilidad de la ciencia, así como del método utilizado en diversas investigaciones, aplicado a disciplinas como la biología y otras afines al hombre, percatándose de que no resulta el instrumento más adecuado para verificar la certeza y veracidad de los resultados obtenidos en esas investigaciones. También llamaba la atención sobre el hecho de que se debería cambiar los criterios acerca del conocimiento y otros aspectos más que son, en el momento actual, muy bien presentados y sistematizados en la concepción de la revolución inadvertida en la ciencia y sobre todo en los aspectos epistemológicos.

Esta reflexión pretende una aproximación al pensamiento de Alexis Carrel, como precedente de los actuales criterios acerca de la crisis del conocimiento y como “profeta” de la llamada revolución inadvertida.

Para ello, se tomará como punto de referencia, los criterios expuestos en su obra “*La incógnita del hombre*”², que resulta fundamental, entre la serie de libros y artículos escritos durante su vida, para alcanzar el objetivo que se pretende, pues en ella concentra la esencia del fruto de sus meditaciones, reflexiones y análisis acerca de la ciencia del hombre y la limitación del conocimiento y sus métodos de verificación.

En esta obra, resalta Carrel cómo ha ido evolucionando el saber del ser humano a través de la historia en las diferentes ramas de la ciencia y cómo el método científico aplicado a las ciencias de la vida, como la biología y sus disciplinas afines, ha llevado a múltiples errores, lo cual es una de las razones para el lento progreso en el conocimiento de nosotros mismos. Y dice: «*Nuestra mente está construida de tal modo, que se deleita en la contemplación de los hechos simples. Sentimos una especie de repugnancia en abordar un problema tan complejo como el de la constitución de los seres vivientes y del hombre*» (o. c. Pág. 31)

Y ya, desde de los inicios de su libro, nos advierte: «*A primera vista, el método científico no parece ser aplicable al análisis*

de todas nuestras actividades» Carrel, a lo largo de su fecunda vida científica, se ha dado cuenta que es necesario cambiar el método de abordar los problemas inherente a la ciencia; y específicamente se percata de las limitaciones de éste al aplicarlo en las ciencias del hombre. Él lo achaca en gran parte al propio ser humano. Y continúa diciendo: «*Nuestro espíritu siente una tendencia natural rechazar aquello que no entra en el marco de las creencias científicas o filosóficas de nuestro tiempo. Creer de buen grado que los hechos que no pueden ser explicados por las teorías corrientes no existen*» (o. c. Pág. 61)

En su obra, Carrel pone de manifiesto que el hombre, fascinado por la ciencia, su poder y sus logros, ha llegado a pensar que es un demiurgo y dice: «*No hay ninguna ventaja en aumentar el número de las invenciones mecánicas. ... Es cierto que las ciencias no nos traen jamás el mal directamente. Pero se torna peligrosa cuando su fascinadora belleza domina nuestro espíritu y esclaviza nuestros pensamientos en la región de la materia inanimada.*»

Vemos, aunque quizás de manera no totalmente explicitada, su preocupación por el aspecto ético del hombre de ciencia de su época y sus sucesores. Más adelante añade: «*¿De que nos sirve aumentar el bienestar material, el lujo, la belleza, la estatura y las complicaciones de la civilización, si nuestra debilidad no nos permite encauzarla en provecho propio?*» (o. c. Pág. 63).

En su libro deja entrever, de manera profética, la necesidad de un cambio en la figura epistemológica de primer orden que tomamos como consecuencia del modo de pensar influido por el positivismo, cuando nos dice: «*La única pretensión de este libro es poner a la disposición de todos, un conjunto de datos científicos relativo a los seres humanos de nuestro tiempo. Estamos comenzando a darnos cuenta de la debilidad de nuestra civilización. Muchos son los que desean librarse de dogmas que les han sido impuestos por la sociedad moderna. Este libro ha sido escrito para ellos y también para aquellos que son lo bastante atrevidos para comprender la necesidad no sólo de cambios mentales, políticos y sociales, sino del derroque de la civilización industrial y del advenimiento de otra concepción del progreso humano.*»

En la página 56 de su libro expone de manera más desembozada que hay necesidad de cambiar nuestra forma de pensar en cuanto a la ciencia y su abordaje: «*Los biólogos y, sobre todo, los educadores, los economistas y los sociólogos, al enfrentarse con problemas sumamente complejos, han cedido a menudo a la tentación de construir teorías y transformarlas después en artículos de fe. Y sus ciencias han cristalizado en fórmulas tan rígidas como los dogmas de una religión.*» Más adelante sentencia que la investigación biológica se ha transformado «*en una profesión semejante a la del maestro de escuela, el sacerdote, o el empleado de banca.*» (o. c. Pág. 57)

También Carrel realiza planteamientos que contienen, en ciernes, reflexiones que podrían muy bien insertarse hoy día dentro del tema de la ética ambientalista. Desde fecha tan

temprana como la década de los años 30 del pasado siglo XX, Carrel manifiesta su preocupación por el uso de la publicidad en aras de lograr cambios en los consumidores. En su libro (o. c. Pág. 48) dice que la publicidad comercial influye en gran escala sobre nuestra vida y que se comprende solamente en interés de los anunciantes y no en el de los consumidores. Expone como ejemplo, que al público se le ha hecho creer que el pan blanco es mejor que el moreno; entonces se ha tamizado la harina más y más y, de este modo, se le ha privado de sus componentes más útiles. Pero en cambio, este tratamiento dado a la harina permite su conservación más indefinida y facilita la elaboración del pan. Los molineros y los panaderos ganan más dinero. Los consumidores comen, sin saberlo, un producto de inferior calidad. Continúa explicando Carrel, cómo esos productos muchas veces inútiles y perjudiciales se han transformado en una necesidad para los hombres civilizados. Y más adelante, en su análisis sobre este punto, añade que no siempre la propaganda esta inspirada en motivos egoístas, sino porque aspira al bien común; pero su resultante puede ser perjudicial, cuando proviene de gente honrada pero con un concepto falso e incompleto del ser humano. Cita el ejemplo y se pregunta a sí mismo si verdaderamente es beneficioso que los médicos sugieran vitaminas, nutrientes y alimentos que hagan que los niños crezcan más y mejor, que se promulgue que la actividad física, el desarrollo muscular, el culto al atletismo entre otros aspectos, logre personas mejores.

Y se pregunta nuevamente: «*¿Acaso son mejores los niños altos y pesados que los delgados y pequeños? La inteligencia, la audacia, la viveza, la resistencia a las enfermedades no dependen de los mismos factores que el peso corporal y la musculatura. ¿Son estos aspectos verdaderamente adecuados para lograr los hombres que necesita el mundo de hoy, hombres equilibrados, con juicio recto, audacia, valor moral y resistencia? Esto lo hacemos porque "tratamos con esquemas que solo contienen una parte de la realidad."*» (sic)

Para concluir, parece oportuno que lo haga el propio Alexis Carrel, tal como lo hace al final de su libro: «*Ha llegado el momento de comenzar la obra de nuestra renovación. No estableceremos de antemano ningún programa. Porque un programa ahogaría la realidad viva de una rígida armadura. Impedirla el estallido de lo imprevisible y encerraría el futuro dentro de los límites de nuestro espíritu.*»

«*Debemos levantarnos y caminar. Debemos liberarnos de la Tecnología ciega y comprender la complejidad y la riqueza de nuestra propia naturaleza. Las ciencias de la vida han enseñado a la Humanidad su fin y han puesto a su disposición los medios de alcanzarle. Pero nos hallamos aún sumergidos en el mundo creado por las ciencias de la materia inerte sin ningún respeto para las necesidades de nuestro espíritu. Es un mundo que no está hecho para nosotros, porque ha nacido de un error de nuestra razón y de la ignorancia de nuestro verdadero ser. A semejante mundo no podemos adaptarnos.*»

«*Rebelémonos, pues, contra él. Transformaremos sus valores y los organizaremos en relación con nuestras auténticas necesidades. La ciencia del hombre nos da hoy el poder de desarrollar todas las posibilidades de nuestro cuerpo. Conocemos los mecanismos secretos de nuestras actividades fisiológicas y mentales y las causas de*

nuestra debilidad. Sabemos por qué somos castigados, por qué nos encontramos perdidos en la oscuridad. No obstante, percibimos débilmente, a través de las nieblas del amanecer, la senda que puede conducir a nuestra salvación.»

«*Por primera vez en la historia de la Humanidad, una civilización que se derrumba es capaz de discernir las causas de su decadencia. Por primera vez tiene a su disposición la fuerza gigantesca de la Ciencia. ¿Sabremos utilizar esta sabiduría y ese poder? Es nuestra única esperanza de evadimos del destino común a todas las civilizaciones del pasado. Nuestro destino se halla en nuestras manos. Ahora avancemos por el nuevo camino.*» (o. c. Pág. 332-33)

En mi opinión, Carrel encierra en su pensamiento y cuestionamientos sobre la ciencia y el hombre, aunque quizás de manera no bien definida en algunos casos -y en otros mejor, como todo pensamiento que se abre nuevo cauce-, la necesidad de buscar un nuevo camino que conduzca a un "nuevo saber", vislumbra o dibuja trazos del pensamiento complejo, pone en duda la veracidad de conocer a través de la figura epistemológica utilizada hasta ese momento de sujeto y objeto, deja entrever la presencia de cierto "caos" en algunos procesos de la existencia y teme por la conducta moral de los hombres de ciencia frente a toda esta nueva avalancha que se viene volcando en la generación de su tiempo.

La obra de Carrel parece digna de un estudio más minucioso y crítico, de un análisis sosegado, pues personas de ciencia como él, sembraron intelectualmente en las jóvenes generaciones de ese tiempo la semilla que ha germinado y de la que ya se están recogiendo los primeros frutos. Todo cambio revolucionario en el modo de pensar, tiene sus predecesores, sus bases, pues requiere de mucho tiempo de sedimentación en las mentes de las personas. Si lograra motivar, con esta modesta reseña, a leer de manera crítica la obra de este autor, sería motivo de satisfacción por hacer justicia a la historia y contribuir a que la ciencia sea más digna del hombre.

¹ Alexis Carrel. (1873-1944), cirujano francés. Nació en Lyon y estudió en la Universidad de esa ciudad. Fue galardonado con el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1912 por el desarrollo en 1902 de una técnica de sutura de los vasos sanguíneos. A comienzos de la década de 1930, junto al aviador estadounidense Charles Lindbergh, inventó un corazón mecánico capaz de transmitir fluidos vitales a órganos extirpados. Durante muchos años consiguió por este procedimiento mantener vivos órganos y tejidos. En 1905 se desplazó a Estados Unidos y trabajó durante varios años en el Rockefeller Institute for Medical Research (hoy Rockefeller University) de Nueva York, donde permaneció hasta 1939 en que volvió a Francia al comenzar la II Guerra Mundial. Su obra más conocida es *La incógnita del hombre* (1935).

² La incógnita del hombre. Alexis Carrel. Joaquín Gil, editor. Buenos Aires, 1941.

* Médico, especialista en endocrinología. Presidente del Comité de ética de la investigación del Hospital Pediátrico Universitario William Soler, de la ciudad de La Habana. Diplomado en Bioética por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro del Consejo Asesor y del Equipo de Reflexión del Centro de Bioética Juan Pablo II. Versión de la ponencia presentada por el autor en el Master en Bioética de la Universidad de La Habana, en el mes de abril del año en curso.